

Shirin Ebadi

# LA JAULA DE ORO

Traducción de Helena Aguilà Ruzola

la esfera  de los libros

## Prólogo

—**E**spérame aquí, vuelvo enseguida —le dije al chófer del coche de alquiler.

A través del espejo retrovisor, comprobé si el pañuelo me cubría el cabello, aunque no tenía por qué preocuparme: el calor me lo había pegado a la frente. Al bajar del vehículo, me asaltó el aire tórrido del desierto de Javaran; aquello era un horno. Estábamos en pleno agosto, y el bochorno era insoportable. Por un momento, pensé en volver dentro, al amparo artificial del aire acondicionado. No, no podía hacerlo, era imposible. Me sujeté bien el bolso al hombro y eché a andar con paso ligero. Al llegar junto a las viejas tumbas de comunistas y bahaíes, me acerqué a la multitud que se iba agolpando.

Debían de ser las fosas comunes. Una extensión informe de hierba y tierra, sin vallar. Los cuerpos de miles de disidentes políticos, caídos bajo los disparos de los pasdarán, los guardianes de la Revolución, se amontonaban unos encima de otros, como espigas segadas. Ni siquiera merecían un funeral o un entierro en un cementerio musulmán. No eran sólo *zed e enguelab*, contrarrevolucionarios, sino también comunistas. «Nada de ceremonias. Como mucho, os haremos saber dónde está el cuerpo.» Eso era cuanto les decían a los familiares de las víctimas. La muerte se descubría tras semanas, meses de silencio, incertidumbre, ausencia. Así ocurrió con Yavad.

Yo estaba allí por él. En los últimos años habíamos perdido el contacto, pero siempre lo llevaría en mi corazón. A él y a toda nuestra generación violada, despedazada por medio siglo de ideologías que luchaban por dominar mi país. Nuestra noble Persia, el desventurado Irán. Ese día sofocante yo estaba allí por Yavad, de quien la historia me había separado. Y por Parí, Abás, Alí y todos los demás. Para reparar los años de incomprensión y alejamiento, borrar las palabras de odio y hallar otras, las de nuestra antigua amistad.

Me uní al nutrido grupo de mujeres y hombres. Llegaban de todas partes despacio, como una migración. Madres, esposas y hermanas que sujetaban rosas o claveles rojos entre sus manos. Eran muy distintas en todo, pero todas tenían la mirada digna y sin lágrimas. Muertos como éstos sólo pueden llorarse en casa.

En el centro de la multitud, reconocí a una mujer a quien llamaban la Madre, la portavoz de su dolor. Se movía con dificultad entre la gente. Bajo el pañuelo se entreveía su cabello cano y escaso. Unos setenta años. Su hijo, un ingeniero que había estudiado en Estados Unidos, estaba enterrado en algún lugar de Javaran.

La Madre alzó lentamente el brazo y tomó la palabra. El murmullo cesó.

—Hoy estamos aquí para recordar. Sabemos muy bien que la sangre no se lava con sangre. Somos mujeres, no guerrilleros. Esposas, madres, hijas y hermanas que han visto ya demasiada violencia. Matar a los asesinos no va a devolver a las víctimas a sus hogares...

—¡Calla, infiel! ¡No eran víctimas, sino traidores, *zed e enguelab*, y debían morir!

La voz resonó en el aire tenso, por encima de nuestras cabezas. Busqué con los ojos a la mujer que había hablado. Un chador negro la envolvía de pies a cabeza.

Vi que estábamos rodeados de mujeres y hombres del *goruh e feshar*. Una vez más, las fuerzas que atacaban y dispersaban las manifestaciones estaban listas para entrar en acción.

Nos agrupamos en busca de protección, hombro con hombro, sin saber qué hacer. Recordé las palabras que me había dicho mi madre cuando salí de casa:

—Shirin, *yun*, querida, no vayas; es peligroso.

Me vino a la mente la idea de que, tal vez, al año siguiente, le tocaría a mi madre celebrar un rito funerario por su hija.

Los *goruh e feshar*, como si obedeciesen una orden tácita, sacaron cadenas y cuchillos. Estaban a punto de agredirnos. A nuestro alrededor, sólo silencio y el olor compacto de nuestro miedo.

Se lanzaron al ataque del círculo más externo. La multitud se disgregó. Las mujeres corrían en todas direcciones, esquivando patadas y puñetazos. Los *lebas shajsi*, los agentes de paisano, alcanzaron enseguida a los pocos hombres que había.

—Así aprenderéis —refunfuñaban mientras golpeaban espaldas con sus porras—. ¡Estas concentraciones de traidores se tienen que acabar! Vuestros hijos no merecen ninguna ceremonia. Eran enemigos de Alá y de Irán. Haberlo pensado antes. Haberles inculcado los verdaderos valores. ¡Han muerto por vuestra culpa!

Y arrastraban a sus víctimas medio inconscientes, dejando finos regueros de sangre en la arena. Casi todas las personas que había en el suelo tenían el pelo cano.

Una de las mujeres con chador le tiraba piedras a la Madre, y logró golpearla en la frente. Al ver la sangre, prosiguió más aprisa, enloquecida. Una granizada de golpes, como si no le bastaran todas las piedras del desierto. Varias compañeras la imitaron. La Madre permanecía inmóvil. Los guijarros silbaban en torno a su cuerpo erguido.

—Cobardes —murmuraba con los ojos fijos.

Yo también me sentía incapaz de dar un paso; aquella escena de violencia irreal me paralizaba. Una mujer me empujó en su huida; nunca sabré si pretendía ayudarme o esquivarme. En cualquier caso, me despertó de aquel estado de hipnosis. Eché a correr tras la desconocida. Veía confusamente rostros de muje-

res postradas, oía el sonido metálico de las cadenas, percibía el olor acerado de la sangre.

—¡Cobardes! —gritó ahora la Madre, que cada vez estaba más lejos.

Tropecé con una rama, me caí, me levanté. Entre la muchedumbre no se distinguían amigos de enemigos, y te podían arrojar, pisotear o golpear en cualquier instante. El corazón me subió a la garganta y me latía en el cerebro, ahogando todos mis pensamientos. Corría con la boca seca y sin aliento. Un hombre me asió por un brazo y me volví, a ciegas, para darle un puntapié.

—Señora Ebadi, soy yo.

Era el chófer. Me llevó hasta el automóvil casi en volandas, y salimos a toda velocidad. Sin fuerzas, me sequé el sudor que me caía sobre los ojos e intenté calmarme. De repente, sentí frío; miré hacia abajo y vi que, en la huida, había perdido un zapato. Apoyé el pie en una rodilla; la planta tenía arañazos y sangraba. Vi caer una gota densa sobre la alfombrilla del coche, y sólo entonces advertí el escozor de las heridas.

## Viejas amistades

Lo primero que recuerdo es el aroma del té, desde lo alto de la estufa que yo no llegaba a alcanzar. El agua hirviendo en la panzuda tetera de metal, luego las manos rápidas de Simin sacando del mueble la jarra pequeña, por encima de mi cabeza.

—Shirin, *yun*, aparta, no vaya a ser que derrame algo.

Otras manos me alejaban mientras Simin abría la caja del té. Sólo los brotes, la parte mejor de la planta. Unas pocas cucharillas, luego el agua humeante. Contemplaba fascinada el humo perfumado que nos envolvía. Simin colocaba con cuidado la jarra pequeña sobre la grande, llena de agua hasta la mitad. Debajo, el fuego lento.

—No tiene que llegar a hervir —me explicaba siempre Parí, muy didáctica.

Las manos de Simin, la voz de Parí, el aroma del té y el blanco marfileño de las paredes de la cocina se ciñen sobre mí, y forman el cálido núcleo de un recuerdo de infancia.

Crecí junto a Parí y sus hermanos. Nuestras madres eran grandes amigas desde que tenían cinco o seis años. En aquella época, ambas vivían en Hamadán, ciudad del noroeste de Irán que, en la antigüedad, fue capital del país con el nombre de Ecbatana. Una amistad entre niñas surgida de un puñado de dulces de almendra, que sobrevivió indemne a los impetuosos años de la infancia, la inquietud de la adolescencia, dos matrimonios y dos traslados. Siendo muy joven, Simin se casó con Husein, un ba-

zarí de Teherán, pero ellas no perdieron el contacto. En la distancia, las cartas viajaban con la regularidad de un diario íntimo, lleno de confidencias, recetas y memorias. Y cuando mi madre, ya casada y con hijos, se trasladó a la capital en 1948, la amistad entre las dos mujeres se transformó, como ocurre a menudo, en un estrecho vínculo entre ambas familias.

Mi padre, Mohamed Alí, hallaba muy agradable la compañía de Husein, hombre dado a las bromas y de sonrisa fácil. Representaban dos filosofías de vida contrapuestas: mi padre era exigente y luchador, jurista por vocación, leal y de carácter serio; a veces mostraba un rigor que algunos tomaban por frialdad, pero no era más que un sentido apasionado de la justicia. A nosotros, sus cuatro hijos (un varón y tres chicas), nos educó en absoluta paridad, pues consideraba que la educación en la igualdad y en el respeto al prójimo debía empezar dentro de la familia. Tenía grandes ideales que seguía con coherencia, y nos los inculcó a todos nosotros, convencido de que nadie podía eximirse de participar en la vida civil y política del país. No importaba cuál fuese el precio.

Husein, aun siendo un hombre recto y honesto, tenía una actitud más conciliadora. Heredó de su padre una tienda de alfombras situada en el corazón del bazar de la ciudad, y la llevaba con su hermano menor, Nader. El negocio les permitía vivir dignamente, sin ser ricos. Si hubieran sido más emprendedores, habrían podido imitar a algunos comerciantes iraníes y lanzarse a la exportación, aprovechando un momento en que la demanda de objetos exóticos era muy alta en Europa y Norteamérica. Pero a Husein le gustaba disfrutar de la vida, y consideraba su tiempo libre como algo sagrado. Él también se esforzaba por no establecer diferencias entre sus hijos, ni en la educación ni en el modo de encaminarlos hacia la vida adulta. Desde luego, esperaba que los varones decidieran sucederlo en el bazar, y estaba seguro de que Parí se casaría y tendría hijos, pero intentaba educarlos en la tolerancia. Había conocido a demasiadas personas y oído demasiadas historias para padecer ese mal que es una mente estrecha.

Estar rodeado de personas era su auténtica pasión, y solía invitarlas a casa. Estaba orgulloso de su hospitalidad, y le resultaba fácil trabar amistad con todo tipo de gentes, a quienes invitaba a comer, encantado de escuchar nuevos relatos. Para él, aquello era como viajar, respirar el aire de países lejanos que nunca visitaría. Simin lo secundaba complacida; siempre cocinaba en abundancia, incluso cuando no aguardaba invitados, segura de que su marido se presentaría con un comensal inesperado que haría los honores a sus platos.

A pesar de las diferencias, mi padre y Husein compartían una amistad serena. Durante las largas veladas en casa del bazarí, después de cenar, les gustaba sentarse en los cojines bordados, bajo la ventana esquinera. Sus esposas estaban en la cocina, y a nosotros, los niños, se nos prohibía terminantemente molestar durante las discusiones, encendidas o filosóficas, de nuestros padres. Hablaban de política, inflación, precios al por mayor o derecho mercantil, en el que mi padre era un experto. Ahora creo que se trataba de una fase preparatoria, una especie de calentamiento para prolongar la espera, y con ella el placer, antes de entregarse a su pasatiempo favorito: el *backgammon*. Así, tras un rato de charla, Husein sacaba de su funda una bonita caja de marquetería para jugar al *takteh nard*. Su padre se la compró cuando era un joven comerciante neófito. La parte exterior era un tablero de ajedrez y, en el interior, sobre las puntas de taracea se colocaban las fichas claras y oscuras. Husein cogía una mesa baja que solía estar pegada a la pared y la colocaba entre él y mi padre. Abría la caja con estudiada lentitud, haciendo saltar el mecanismo situado en el centro de la tapa. El estuche se abría en dos mitades, y, radiantes como joyas sobre el terciopelo, aparecían las fichas delicadamente talladas, a las que Simin daba brillo con cera. El ceremonial de apertura siempre hacía exclamar a mi padre: «¡Qué raro es ver objetos tan hermosos!».

Y, a partir de ese momento, se enfrascaban en secuencias de partidas interminables. Durante horas se oía el golpeteo seco de los



dados, el choque de madera contra madera de las fichas movidas con destreza y las feroces pullas con que los hombres intentaban «desmoralizarse».

—Si quieres, mientras lo piensas, voy a preparar un té —decía mi padre en cuanto la mano de Husein se detenía un segundo de más sobre una ficha.

—¿Es una excusa para retirarte? Eso es porque sabes que no puedes ganar —replicaba Husein al instante.

Años después, al recordar aquellos rifirrafes, típicos de su forma de jugar y de su sólida amistad, lloré el tiempo en que esos duelos jocosos eran las únicas «disputas» que se daban entre las paredes de un hogar feliz.